

CRISTINA DA PIZZANO Y SU LUCHA A FAVOR DE LA IGUALDAD FEMENINA

*Mercedes González de Sande
Universidad de Oviedo*

Cristina da Pizzano, nació en Venecia, en 1365, en el seno de una acomodada familia originaria de Pizzano, un pequeño municipio de la localidad de Monterenzio, a unos veinte kilómetros de Boloña, ciudad en la que vivió los primeros años de su vida y donde su padre¹, Tommaso di Benvenuto, llamado también da Pizzano, ejercía como prestigioso médico y astrólogo. Su madre era hija de Tommaso Mondini, consejero de la República de Venecia, encargo que ocupará también su yerno Tommaso.

La notable fama del progenitor llegó hasta los oídos del rey Carlos V de Francia, que solicitará sus servicios para formar parte de sus consejeros de confianza, propuesta que Tommaso da Pizzano aceptó, trasladándose con toda su familia, en 1368, a la corte de París, uno de los mayores centros de la cultura europea en aquella época, y donde Cristina se criará bajo la protección del soberano francés, rodeada de los más nobles y en un ambiente de intensa cultura y bienestar. Por ello, estará siempre muy ligada a Francia, hasta el punto de adoptar el nombre de Christine de Pizan, aunque sin perder su amor por su país natal y su orgullo por sus orígenes italianos.

Su padre, hombre de gran cultura, se preocupará de instruir a su hija desde su más tierna infancia, proporcionándole una notable educación, pues, además de enseñarle a leer y escribir, algo ya insólito para la educación de las hembras de aquella época, la hizo partícipe de su saber, incitando su pasión por el estudio y sus ansias de conocimiento. Todo ello contra la voluntad de su madre, que hubiera preferido para su hija una educación más similar a la del resto de las mujeres, preparándola exclusivamente para ser una buena esposa y madre, aspecto que Christine recordará en muchos de sus escritos.

Asimismo, en la corte tendrá acceso desde muy joven a la Biblioteca Real, una de las mayores y más prestigiosas de toda Europa, lo cual nutrirá su pasión por la lectura y la ayudará a madurar intelectualmente y a profundizar los conocimientos que le había enseñado su padre.

Con tan sólo 15 años se casó con un noble francés, Etienne Castel, notable y secretario del rey, con quien tuvo 3 hijos y de quien estuvo profundamente enamorada, incluso después de su prematura muerte, a los 10 años de matrimonio.

El fallecimiento de tres de los hombres más importantes de su vida en un breve espacio de tiempo: primero, el rey Carlos V, su protector, en 1380, su padre, en 1387, y su esposo, en 1390, cambiará por completo su destino, haciendo de ella una persona relevante, cuya fama llegará hasta nuestros días, pues, sola, con 25 años, tres hijos y una madre también viuda de quienes tenía que hacerse cargo, con numerosas deudas acumuladas desde que su familia perdió la protección del soberano Carlos V a la muerte de éste, y sin la protección de ningún varón que pudiera ayudarla, tuvo que ingeniárselas para salir adelante y mantener a su familia de la mejor manera que sabía, es decir, aprovechando la inmensa cultura que su padre le había dejado como dote, así como el amplio círculo de amistades de su progenitor, que la apoyaron y protegieron a la hora de emprender su tarea como escritora.

De este modo, Christine, en vez de buscar otro esposo o retirarse en un convento, como habría hecho la mayoría de las mujeres de su época en circunstancias similares, armándose de valor, tomará la pluma como la mejor de sus armas para defenderse de sus desgracias y comenzará a escribir incansablemente, en un primer momento, baladas de amor, que pronto tuvieron una excelente acogida en la corte, y, posteriormente, todo tipo de textos, incluso de géneros de ajena tradición para el mundo femenino: alegóricos, políticos, pedagógicos-didácticos, filosóficos, biográficos, históricos..., muchos de ellos por encargo previa comisión, que iban aumentando notablemente su fama entre los nobles e intelectuales franceses. Fama a la que contribuyó también el taller de escritura laico que ella misma creó, ayudada por hábiles copistas y miniaturistas, del que salieron algunos valiosos manuscritos, acompañados de espléndidas

1) Su madre era hija de Tommaso Mondini, consejero de la República de Venecia, encargo que ocupará también su yerno.

miniaturas, que pueden ser considerados auténticas obras de arte representativas de aquel período, entre ellas algunas de Boccaccio, que se hará famoso en toda Europa a partir de 1400.

Así, obligada por las fatales circunstancias de su inesperado destino, con su familia caída en desgracia tras la subida al trono de Carlos VI, que prescindirá de sus servicios, y completamente desinformada sobre los aspectos prácticos de la vida, Christine debió cambiar su naturaleza de mujer, transformándose, como ella misma sostenía, en un verdadero hombre, asumiendo responsabilidades y obligaciones consideradas en aquel período prerrogativas masculinas, reforzando su carácter y aprendiendo a moverse con resolución y soltura en ambientes reservados exclusivamente a los varones. De hecho, ejerció de intelectual como profesión, retribuida por su labor, como hasta el momento ninguna mujer había hecho, y se vio implicada en diferentes causas legales para defender sus derechos, sobre todo contra falsos acreedores que pretendían usurparle su herencia y sus posesiones, de las que supo salir airoso.

Cristina no se abandonará, por tanto, a los fatales acontecimientos de su vida, sino que los afrontará con valor y prudencia, dos de sus virtudes más valiosas junto con su gran cultura, de las que se valdrá para sobrevivir ante las imprevistas adversidades de su existencia. Para de Pizan, su viudedad le abrirá las puertas a un nuevo mundo, un mundo que ella misma contribuyó a crear y en el que una mujer podía vivir de sus propios conocimientos, ejercitando el oficio de intelectual y obteniendo de ello ganancias y satisfacciones, transformándose, en cierto sentido, en una especie de hombre para aquella época en la que el papel de las mujeres estaba relegado exclusivamente al ámbito doméstico, como sostendrá ella misma:

Or fus jee vrays homs, n'est pas fable,
De nefs mener entremettable,
Fortune ce mestier m'apprist.²

O también:

Si me senti trop legiere
Que ne soulaye et que ma chiere
Estoit muee et enforcie
Et ma voix forment engrossie
Et corps plus dur et plus isnel...
[...]
Fort et hardi cuer me trovay,
Don't m'esbahi, mais j'esprouvay
Que vray home fus devenu.³

Christina usaba el término “hombre” entendido como persona independiente, como un ser que, sin ningún protector varón, había de salir adelante sin ayuda de nadie, intentando navegar una “nave in tempesta senza guida”, metáfora referida a su propia vida y a la de su familia, ahora desprotegidas y con un futuro incierto.

De este modo, su desgracia, o su fortuna, quisieron que de Pizan se convirtiera en protagonista intelectual de su época, de manera casi forzada y sin haberlo nunca esperado, transformando en profesión la completa instrucción que su padre le había dejado como dote, un arma de la que carecían la mayoría de mujeres de su época.

Gracias a su talento intelectual, a su labor como copista y al éxito de sus obras, pronto fue ganando prestigio y ocupando una posición privilegiada en la corte, obteniendo el reconocimiento y el aprecio

2) Christine de Pizan, *Le Livre de la Mutation de Fortune*, vol. I, edición de Suzanne Solente, Picard, París, 1959-1966, vv. 1391-1394, p. 53. “Allora diventai un vero uomo, non è una storia, capace di guidare navi, la Fortuna mi ha insegnato questo mestiere”.

3) *Ibidem*, vv. 1347-1353 y 1359-1361. “Mi sentii molto più leggera del solito e il mio volto era cambiato e indurito e la mia voce si era fatta più profonda e il corpo più forte e snello.[...] Mi ritrovai con un animo forte e ardito di cui mi stupivo, ma capii di essere diventata un vero uomo”.

de muchos nobles e intelectuales, así como de altos cargos de la corte y miembros de la realeza, no sólo francesa sino también de otros lugares de Europa, tanto había llegado a extenderse su fama. Por citar algunos nombres de personajes emblemáticos que apreciaron su talento y contaron con sus servicios, baste mencionar al duque de Berry, a Felipe de Borgoña —que le encomendó la realización de la biografía de su difunto hermano, el sabio rey Carlos V, escogiéndola a ella antes que a ningún otro intelectual de la corte— a Luis de Orleans y su mujer Valentina Visconti, a la reina Isabel de Baviera, o, incluso, a Enrique IV de Lancaster, quien, al proclamarse rey, en 1399, la quiso en su corte de Inglaterra, propuesta que Christine no aceptó, prefiriendo quedarse en Francia.

Asimismo, su fama se vio ampliada tras sus aportaciones en la Querella de la Rosa, precursora de la Querella de las mujeres, iniciada como reacción contra las encarnizadas críticas misóginas emitidas por Jean de Meun, profesor de la Universidad de París, en la parte que añadió, a finales del siglo XIII, a la obra *Roman de la Rose*, escrita en 1245 por Guillaume de Lorris, poeta francés que cantaba al amor cortés.

Christine, profundamente ofendida, participará activamente en dicha querella, acusando con severas palabras a Jean de Meun, sacerdote y escritor profundamente misógino, continuador del relato de amor que Guillaume de Lorris había dejado inacabado, que en más de 17000 versos plagados de comentarios despectivos e injurias, hacía una crítica encarnizada contra las mujeres, describiéndolas como seres astutos y maliciosos, meros objetos destinados a satisfacer los deseos del hombre.

Cuando leyó esta obra, Christine no pudo reprimirse de responder al alcalde de Lille, Jean de Montreuil, quien le había enviado la obra, reprobando el atrevimiento de Jean de Meun por haber ofendido de manera infundada y sin excepción a todo un sexo, con una misiva que llevaba por nombre *Epistre Cristine au Prevost de Lile, en voyé por la dicté conte Le Roman de la Rose* (1398). Asimismo, realizará numerosas manifestaciones públicas y escritos, rechazando duramente la reprochable misoginia de muchos hombres, en particular la de Jean de Meun, y defendiendo la dignidad de la mujer, como nadie se había atrevido a hacer hasta el momento. Entre las obras referidas a la cuestión, destacamos *Epistre au Dieu d'Amours*, quizá la única obra satírica medieval escrita por una mujer, y *Dit de la Rose*, escrito en 1402 y altamente representativo al respecto porque abrió paso a la fundación de la Orden de la Rosa, creada en defensa del honor de las mujeres y a cuya causa se unieron personajes tan ilustres como el filósofo y teólogo Jean Gerson o la propia reina de Francia, Isabel de Baviera.

Al poco tiempo de ello, recibiría una carta del Canciller Real, Pierre Col, para que se arrepintiera de su actitud y de sus palabras por haberse atrevido a opinar, más aún siendo mujer, sobre tan “digna” obra, solicitándole que enmendara su error “hacia el excelente e irreprochable doctor en la santa divina Escritura, notable filósofo y sabio profundo, al que osas tan horriblemente corregir y reprehender”, con argumentos tan machistas como el que reproducimos a continuación:

Oh! Folle superbia! Oh, parole pronunciate troppo velocemente e senza riflettere da una bocca di donna, che condanna un uomo di così grande intelletto, di applicazione così appassionata, che con grande fatica e volontà ha scritto un libro così nobile come quello della *Rosa*, che supera tutti gli altri libri scritti nella stessa lingua: dovrai leggerlo cento volte per capirlo tutto e non potrai impiegare meglio il tuo tempo e il tuo intelletto!⁴

Con extrema ironía y retomando las palabras del canciller, Christine responderá a Pierre Col, mostrándose valiente y firme a la hora de confirmar su pensamiento, y demostrando que era una mujer poderosa que se atrevía a hacer escuchar su voz, tal y como demostrará en todos sus posteriores escritos, en los que continuará luchando incansablemente a favor de la dignidad de la mujer con la valentía y decisión propias de una mujer de su talla.

Mujer de gran sabiduría política, poeta, filósofa, historiadora, pedagoga, autora de escritos de todo tipo de géneros, considerada como la primera escritora europea de profesión, que vivió de la escritura,

4) Christine de Pizan, G. Col, J. de Montreuil, J. Gerson, P. Col, *Il dibattito sul “Romanzo della Rosa”*, a cura di B. Garavelli, Milán, 2006, pp. 23-41.

cuyos escritos se basan en su propia experiencia personal y en un contexto histórico real, a diferencia de otras muchas mujeres destacadas, que se inspiraban en una tradición religiosa o mitológica, podemos afirmar que Christine de Pizan fue la primera intelectual que logró introducir en el campo de las letras un nuevo punto de vista desde el que orientar la escritura: el punto de vista femenino, imponiéndose como una de las figuras más relevantes de la cultura del siglo XV gracias a la monumentalidad de su producción literaria. Asimismo, muchos aspectos tratados en sus obras están sorprendentemente cercanos a la sensibilidad y a las temáticas preferentes de la historiografía contemporánea, resultando, por ello, la lectura de sus textos de gran actualidad, sobre todo por lo que respecta a las desigualdades entre hombres y mujeres y a su constante lucha por demostrar la paridad sexual, anticipándose así a la Querrela de las mujeres e introduciendo muchas cuestiones que serán posteriormente retomadas en ésta y que continuarán siendo debatidas incluso hoy en día, como podremos comprobar en la obra que ocupa mi estudio.

Un claro testimonio de sus profundas intuiciones y reflexiones sobre la disparidad cultural entre hombres y mujeres, y sobre la exclusión del acceso al saber por parte de las mujeres es su obra más conocida a nivel mundial, *Livre de la Cité des Dames*, escrita en francés entre 1404 y 1405, y traducida en la actualidad en numerosas lenguas⁵.

En dicha obra, de Pizan, traza, a la manera del *De claris mulieribus* de Boccaccio, pero en versión decididamente feminista, frente a los tintes misóginos que se vislumbraban en la obra del italiano, una genealogía femenina a través de los perfiles de las más relevantes figuras de la antigüedad, en muchas ocasiones criticadas por los hombres a lo largo de los siglos: reinas, santas, guerreras, heroínas, mártires, poetisas, científicas, adivinas..., como Minerva, Aracne, Semíramis, Medea, Ceres, Safo, Dido, Judith, Casandra..., e, incluso, la Virgen María, hasta llegar a mujeres más representativas de su presente y de períodos más recientes a su época, como santa Caterina y Juana de Arco, habitantes, todas, de una ciudad imaginaria fortificada, donde gobiernan exclusivamente la Razón, la Rectitud y la Justicia. Una ciudad concebida como un espacio nuevo dedicado exclusivamente a las mujeres y gobernado por ellas, una comunidad femenina ideal, libre, autónoma, eterna e indestructible. Una ciudad fundada y construida para todas las damas de espíritu noble, y no, necesariamente de sangre, tanto del pasado, como del presente y del futuro.

A través de la alegoría de esta ciudad imaginaria, Christine idea una nueva historia: la historia de las mujeres, en la que éstas finalmente encuentran un espacio exclusivo para ellas donde moverse con plena libertad física y mental, como reivindicarán siglos después otras muchas escritoras, entre ellas Virginia Woolf cuando reclamará la exigencia metafórica de una habitación propia. En esta ciudad serán las mujeres quienes, con su saber, inventen las artes, la escritura, la poesía, las armas..., quienes sepan transformar un mundo salvaje y bestial en un mundo humano y civilizado, como hará, por ejemplo, Ceres, una de las mujeres que de Pizan incluirá entre las fundadoras de su ciudad.

A través de los diálogos que ella misma, como protagonista principal, mantiene con las tres virtudes personificadas, de Pizan criticará las teorías misóginas sobre la naturaleza de la mujer, mostrando, por primera vez, un nuevo punto de vista sobre la historia de éstas: el punto de vista femenino.

Gracias al expediente narrativo del Yo narrador, nuestra autora se convertirá en la primera intelectual que utilizará la escritura como medio para rebelarse contra una tradición misógina; un medio no sólo artístico, sino también de reivindicación social, que la hará pionera de otras muchas mujeres que en años y siglos posteriores se atreverán a reivindicar sus derechos a través de la palabra escrita.

De Pizan cuenta en su libro cómo con la fuerza de su pluma se dispone a construir una ciudad en la que cada una de sus partes, comenzando desde la base hasta las torres de ésta, está formada por el relato ejemplar de una mujer, de una *dame*, entendida ésta como mujer noble de ánimo, sin necesidad de serlo por nacimiento.

5) Para el presente estudio he optado por utilizar dos versiones de la obra en dos lenguas diferentes: la versión italiana preparada por Patrizia Caraffi, en 1997 (usaré, concretamente, la 4ª ed. del 2010) y publicada por la editorial Carocci, de Roma; y la edición española preparada por Marie-José Lemarchand para la editorial Siruela, de Madrid (concretamente la 2ª edición del año 2001; 1ª edición en 200); aunque utilizaremos preferentemente la versión italiana, haciendo honor a la nacionalidad de la escritora analizada.

Christine elige la ciudad como espacio ideal frente a cualquier otro, en primer lugar porque se trataba del espacio en el que ella siempre se había movido, pues vivió prácticamente toda su vida en París, y, en segundo lugar, porque éste representaba un lugar en el mundo y no retirado de éste, como podría haber sido un convento o una habitación, lugares escogidos por otras mujeres representativas. Una ciudad que estará fortificada porque, además de ser una realidad propia del paisaje medieval, representa un lugar de refugio y de protección del exterior, que, a menudo, significa desorden y hostilidad⁶, como el entorno misógino que oprimía a las mujeres a lo largo de la historia.

La invención simbólica de Christine, su Ciudad de las Damas, constituye una comunidad política original, inspirada en la *polis* griega y en la religión cristiana, interpretadas ambas por una mujer. Una comunidad formada por mujeres libres, nobles por virtud y dignas, que eligen ser guiadas por la madre de Dios. La mezcla de esta doble inspiración —clásica y europea, espiritual y laica— con la originalidad intelectual de Christine de Pizan amplió genialmente las posibilidades de libertad femenina ofrecidas a partir del siglo VI por la vida monacal cristiana, pues en su obra el espacio para las mujeres ya no será el convento, sino la ciudad, que prescinde de la jerarquía eclesiástica y la sustituye con la mujer que representa la materia por excelencia, es decir, la madre de Dios.

En cuanto al título del libro, éste parece aludir a la *Ciudad de Dios*, de san Agustín, obra que ella conocía a la perfección, en la que la ciudad terrestre, imperfecta y perecedera, encuentra su realización en la Jerusalem Celeste, totalmente opuesta, perfecta y eterna. Sin embargo, a diferencia de la obra del santo, en la que éste realiza una defensa del cristianismo, partiendo de la historia de la creación del mundo y privilegiando a las figuras masculinas, de Pizan escribe no sólo una defensa de las mujeres, sino una nueva historia, completamente diferente a las narradas hasta entonces, haciendo una reescritura de la tradición, desde un punto de vista femenino donde las hembras tendrán un papel fundamental en la construcción de la civilización y de la cultura, en una genealogía femenina en la que todas las mujeres pudieran sentirse identificadas⁷; una genealogía que tiene sus raíces más profundas en el pasado y que encuentra su continuidad en el presente, pero también la encontrará en el futuro.

El libro, ilustrado con miniaturas que representan cuanto se describe en la narración, comienza con una escena en la que la autora, aparece en su estudio “inmersa en un profundo estado de turbación” provocado tras la lectura de “cierto extraño opúsculo”, como ella misma lo define, titulado *Libro de las Lamentaciones de Mateolo*, obra profundamente misógina, escrita en latín a finales del 1200 y traducida posteriormente al francés, en 1370, por Jean le Fèvre, que se convertirá en uno de sus mayores opositores en la realidad:

...l'aver visto quel libro, per quanto assolutamente non autorevole, suscitò in me una riflessione che mi turbò profondamente, sui motivi e le cause per cui tanti uomini diversi tra loro per condizione, i chierici come gli altri, erano stati ed erano ancora così propensi a dire e a scrivere nei loro trattati tante diavolerie e maldicenze sulle donne e la loro condizione. E non solo uno o due, come questo Mateolo, che non gode di buona reputazione e che parla in maniera truffaldina, ma più in generale in ogni trattato filosofi e poeti, predicatori e la lista sarebbe lunga, sembrano tutti parlare con la stessa bocca, tutti d'accordo nella medesima conclusione, che il comportamento delle donne è incline a ogni tipo di vizio. (I, I, p. 43)

Esta lectura la llevará a reflexionar sobre las innumerables teorías misóginas defendidas a lo largo de los siglos por tantos personajes ilustres, que describían a la mujer como un ser inferior al hombre y sólo válido para ejercer las tareas domésticas, dar placer y engendrar a los hijos; llegando a admitir, por supuesto, no sin una gran dosis de ironía que cuanto éstos afirmaban, al ser sostenido por tantos, podría ser cierto, pese a no verse reconocida en ello, ni mucho menos a ninguna de las mujeres que conocía:

6) Patrizia Caraffi, “Il Libro e la Città: metafore architettoniche e costruzione di una genealogia femminile”, en *Christine de Pizan. Una città per sé*, a cura di Patrizia Caraffi, Carocci, Saggi Biblioteca Medievale, Roma, 2003, p. 19.

7) Ibidem.

Profondamente assorta in ciò io, che sono nata donna, presi a esaminare me stessa e la mia condotta, e allo stesso modo pensavo alle altre donne che avevo frequentato, tanto le numerose principesse e le gran dame, come le donne di media e bassa condizione, che avevano voluto graziosamente confidarmi le loro vicende personali e i loro intimi pensieri. Volevo capire in coscienza e in modo imparziale se poteva essere vero ciò che tanti uomini illustri, gli uni come gli altri, testimoniavano. Ma, nonostante quello di cui potevo essere a conoscenza, e per quanto a lungo e profondamente esaminassi la questione, non riuscivo a riconoscere né ad ammettere il fondamento di questi giudizi contro la natura e il comportamento femminile. Continuai tuttavia a pensare male delle donne: ritenevo che sarebbe stato troppo grave che uomini così famosi, tanti importanti intellettuali di così grande intelligenza, così sapienti in tutto, come sembra che fossero quelli, avessero scritto delle menzogne e in tanti libri, che stentavo a trovare un'opera morale, indipendentemente dall'autore, senza incappare, prima di terminare la lettura, in qualche capitolo o chiosa di biasimo alle donne. Questa unica e semplice ragione mi faceva concludere che, benché il mio intelletto nella sua semplicità e ignoranza non sapesse riconoscere i grandi difetti miei come delle altre donne, doveva essere veramente così. Era in questo modo che mi affidavo più ai giudizi altrui che a ciò che io sentivo e sapevo. (I, I, pp. 43-45)

Este tema de la desigualdad entre hombres y mujeres anticipará una de las cuestiones más debatidas en la Querella de las mujeres y que continuará aún en nuestros días.

Christine es consciente de la situación de exclusión y de desventaja en la que viven las mujeres de su época, frente al privilegio de nacer varón y por ello se lamenta de no haberlo sido, reprochándole a Dios su gesto, en parte, irónicamente, pues sabe perfectamente que las mujeres tienen las mismas capacidades que los hombres, pese a no poder demostrarlas: "Ahimè, mio Dio, perché non mi hai fatta nascere maschio, affinché le mie virtù fossero tutte al tuo servizio, così da non sbagliarmi in nulla ed essere perfetta in tutto, come gli uomini dicono di essere?" (I, I, p. 45)

Para consolarla de su irónica tristeza y perturbación aparecen tres figuras alegóricas que serán las protagonistas de las tres diferentes partes de su libro: Ragione, Rettitudine y Giustizia, tres nobles damas, que la intentarán convencer de que tales teorías, fundadas solamente en prejuicios y tópicos contra las mujeres, no están en lo cierto, abriéndole los ojos y haciéndola creer en sus convicciones:

"Figliola cara, non spaventarti, non siamo venute per agire contro di te o farti del male, ma per consolarti, prese da compassione per il tuo turbamento. Vorremmo toglierti dall'ignoranza, che ti acceca tanto da farti dimenticare ciò che conosci con certezza, per credere a qualcosa che sai, vedi e conosci solo per le numerose opinioni altrui. Assomigli a quello sciocco di cui si racconta che, dormendo in un mulino, fu vestito con abiti femminili e, al risveglio, quelli che si prendevano gioco di lui gli dissero che era una donna, così egli credette più alla falsità delle loro parole che alla certezza della propria identità. Mia cara, che ne è stato della tua intelligenza? Hai dunque dimenticato che l'oro fino si temprava nella fornace, e che non si altera né cambia le sue caratteristiche, anzi più lo si lavora più si affina? Non sai che sono le cose migliori ad essere quelle più dibattute e più discusse? Se consideri la questione delle più alte forme della realtà che sono le idee e la loro sostanza celestiale, pensa a come i più grandi filosofi, che tu ascolti contro il tuo stesso sesso, non siano riusciti a distinguere il falso dal vero, contraddicendosi e criticandosi l'un l'altro... [...]

E dei poeti di cui parli, non sai che essi hanno raccontato molte cose in maniera immaginaria e che spesso vogliono esprimere il contrario di ciò che scrivono? Si può applicare loro la regola grammaticale dell'antifrasi che indica, come sai, il procedimento secondo il quale si definisce qualcosa come cattivo per lasciare intendere che è buono e viceversa. Ti consiglio dunque di volgere a tu vantaggio i loro scritti, interpretandoli in questo modo, quale che fosse il loro intento, là dove essi biasimano le donne. E può darsi che Mateolo nel suo libro avesse questa intenzione, perché vi sono molte cose che, prese alla lettera, sarebbero pura eresia. [...]

Credo che, per quanto tu ne abbia potuto leggere, non l'avrai mai visto con i tuoi occhi: queste sono vere e proprie menzogne. Così ti dico per concludere, cara amica, che è la tua ingenuità ad averti condotta a questa opinione. Ora torna in te, recupera il tuo buon senso, e non turbarti più per simili sciocchezze. Sappi che ogni maldicenza sulle donne ricade su chi la fa, e non sulle donne stesse.” (I, II, pp. 47, 49 y 51)

Las tres damas, además de hacerla entrar en razón, le propondrán la construcción de una ciudad donde las damas y mujeres de mérito pudieran encontrar refugio y protección contra sus agresores; una ciudad para cuya construcción ella había sido elegida por “el gran amor con el que se había dedicado a la búsqueda de la verdad en su largo y asiduo estudio, en soledad, retirada del mundo”.

Christine era consciente de ser una mujer poderosa, una escritora de gran fama que podía moverse con mayor libertad que la mayoría de las mujeres de su época, gracias a su gran cultura y a su incesante actividad intelectual, hasta el punto de citarse como fuente en muchas de sus obras, sobre todo en *La Ciudad de las Damas*, de mencionarse como autoridad cultural, haciendo referencia a otras obras suyas, y hasta el punto de llegar a nombrarse la elegida para fundar esa ciudad ideal en representación de las demás mujeres, que, a diferencia, suya, estaban silenciadas, anticipando así el papel del intelectual como portavoz de la sociedad, el compromiso del intelectual que, a través de sus palabras y de su escritura, reivindica los derechos de sus semejantes, erigiéndose como portavoz de todas las mujeres, despojándose de aquella masculinidad de la que durante tanto tiempo se había jactado y mostrándose orgullosa de su sexo con numerosos motivos para estarlo; motivos reflejados en las muchas cualidades propias de las mujeres que pretenderá reflejar, con firmeza y decisión en su obra.

Por ello, de Pizan asumirá el papel de pedagoga y de representante de todas las mujeres, animándolas a ser fuertes, a asumir su propia identidad, y a salir de los estereotipos sexuales porque ellas no valen menos que los varones que tanto ha querido silenciarlas.

No en vano, con la metáfora de la ciudad, Christine organiza su escritura con la racionalidad y la complejidad de un proyecto arquitectónico, apropiándose, de este modo, de otro lenguaje tradicionalmente masculino y haciendo entender que ella es la elegida, gracias a sus conocimientos, para demostrar que las mujeres tienen las mismas capacidades que los hombres.

En toda la obra se constata constantemente su orgullo de ser mujer y ataca con decisión la tradición literaria masculina, que había logrado imponerse sólo gracias a la ausencia de una correspondiente tradición literaria femenina. Por este motivo, ella, en primera persona, se autolegitima a colmar este vacío, reconstruyendo, gracias a su innovador proyecto arquitectónico, un nuevo enfoque de dicha tradición, desde el punto de vista femenino, presentando, por primera vez, a las figuras femeninas más relevantes de la tradición, todas unidas en una sola obra, reivindicando sus derechos y su inclusión en la historia, con la fuerza que les proporciona la unión. Y lo hará utilizando como arma un libro, por primera vez escrito por una mujer, pues como ella misma escribiría, si las mujeres hubieran podido escribir la historia, todo habría sido diferente:

Ma se le donne avessero scritto i libri
so per certo che sarebbe stato diverso,
poiché ben sanno che a torto sono accusate,
così le parti non sono divise equamente,
poiché i più forti prendono la parte più grande
e chi divide tiene quella migliore per sé.⁸

Y no se equivocaba, porque el hombre se cuidó de privarla de voz propia durante siglos y no sería hasta el siglo XIX y, en particular, el siglo XX, cuando proliferen las autoras de ensayos y novelas y la mujer

8) Christine de Pizan, *Epistre au Dieu d'Amours*, vv. 417-422, en Patrizia Caraffi, “Introduzione”, in *Christine de Pizan. La città delle dame*, trad. di Patrizia Caraffi, cit., p. 17.

comience a introducirse en la vida pública y a hacerse escuchar, obteniendo resultados satisfactorios que traerán sus consecuencias positivas hasta nuestros días.

Entre las causas de esta ausencia femenina de la escena intelectual, no podemos hablar, sin duda, de una inferioridad intelectual, sino, como afirma Christine, de una educación fuertemente limitada.

En la Edad Media la educación de las mujeres de familias nobles se limitaba a una instrucción superficial que las preparase exclusivamente para lo que habría de ser su misión en la vida: casarse, tener hijos, atender los problemas domésticos y cumplir con sus obligaciones religiosas, pues éste era el universo limitado de la existencia femenina –y ésta era la educación que la madre de Christine quería para su hija, que habría tenido un destino totalmente diferente si su padre no la hubiera instruido de aquella manera tan superior a la media, si no le hubiera dado una educación que hizo de ella una mujer fuerte y consciente de sus propias capacidades, capaz de afrontar cualquier obstáculo y de defenderse ante cualquier adversidad.

Por este motivo, para ella será crucial reivindicar una educación igual para hombres y mujeres, una cuestión que retomará en muchas de sus obras, pues tiene la segura certeza, partiendo de su propia experiencia personal, de que si las mujeres recibieran la misma educación que los hombres desde su infancia, conseguirían los mismos logros que éstos, pues, como ella misma sostenía: “a parità di condizioni, imparerebbero altrettanto bene e capirebbero le sottigliezze di tutte le arti, così come essi fanno” (I, XXVII, p. 153), ya que “una donna intelligente riesce a far di tutto” (I, XI, p. 95).

Asimismo, está convencida de que la oposición generalizada a la educación de las mujeres se debe, en gran parte, a la ignorancia de aquellos que temen una superioridad cultural de la mujer, pues “sarebbero molto irritati se le donne ne sapessero più di loro” (II, XXXVI, p. 317) y la considerarían socialmente peligrosa, como fue considerada Christine por muchos de sus contemporáneos varones, que la atacaron e intentaron ridiculizarla para cubrir su desmesurado saber, cualidad que consideraban exclusiva de los hombres.

Por otra parte, a la imposibilidad de aprender se une al aislamiento de las mujeres entre las paredes domésticas, lo cual les impide el enriquecimiento natural que les aportaría una experiencia variada y estimulante, como la que ella tuvo. Las ocupaciones que por cultura son propias de las hembras, es decir, las tareas domésticas, suponen, según Christine, “il maggiore ostacolo allo studio e all’approfondimento delle scienze”, ya que, como ella sostiene, “non c’è niente di più stimolante per un essere dotato di ragione che un’esperienza ricca e varia” (I, XXVII, p. 153).

Cabe añadir también que nuestra autora consideraba la virtud en el centro de su sistema conceptual, confiando en que las nuevas generaciones pudieran cambiar gracias a una buena educación que les transmitiera el respeto por las normas y por los valores tradicionales, siguiendo el modelo de los superiores que habían seguido la recta vía, como es el caso del buen ejemplo del sabio rey Carlos V. Por ello, de Pizan insistirá tanto en la mayoría de sus obras en el aspecto educativo y casi todas tendrán una marcada intención pedagógica, confiando también en que una buena formación de los jóvenes, hombres y mujeres, una educación de base hacia el respeto y los valores humanos, cambiara el pensamiento misógino que hasta el momento predominaba en la sociedad y la concepción de la mujer se igualara con la de los hombres. Una idea ésta de gran actualidad sobre la que aún hoy se sigue debatiendo.

Nuestra autora demostrará con sus palabras, con sus escritos y con su propia experiencia que aquel proverbio latino que reza: “Dios hizo a las mujeres para llorar, hablar e hilar” es sólo fruto de una tradición misógina que ha impedido a las mujeres demostrar lo contrario. Ella misma, con sus actos y con la escritura, sustituirá el hablar y el hilar. Y la suya será una escritura no sólo de lágrimas, o lírica, como hasta el momento se le había concedido a la mujer, sino una escritura científica que abordaba argumentos tradicionalmente ajenos al mundo femenino, como la guerra, la filosofía, la política, la historia, o la pedagogía, entre otros.

Christine, que experimentará esta discriminación en el plano existencial, luchará contra este tópico intentando hacer ver a las mujeres, con sus palabras y con sus propios actos que, además de valer para coser y hablar, incluso encontrando placer en ello, son válidas para cualquier otra actividad, para lo cual la educación y la toma de conciencia de las propias capacidades es indispensable. Para Christine, hombres

y mujeres son iguales y tienen las mismas capacidades, anticipándose así a una de las cuestiones más debatidas en la Querella de las mujeres y, aún hoy, en algunos ámbitos y culturas, todavía por superar.

Frente a su sufrimiento en solitario, la aparición de estas tres damas, Razón, Justicia y Rectitud, mensajeras de Dios, lo cual les confiere autoridad de palabra, representará el primer núcleo de comunidad femenina, que reconforta y consuela. Una visión llena de luz contra la oscuridad de la ignorancia y de los prejuicios con la que Christine quiere mostrar una versión laica de la Anunciación a la Virgen María, continuando así el estilo alegórico de su obra, hasta el punto de que la propia virgen María será invitada a ser la Reina de la Ciudad de las Damas, propuesta que ésta aceptará, “poiché così fu da sempre nel pensiero di Dio Padre, prestabilito e deciso dalla Santa Trinità” (III, I, p. 433).

Con un elevado lenguaje metafórico, cada una de las tres damas ayudarán a Christine a revalorizar a las mujeres y a reescribir la tradición misógina desde una nueva óptica. Así, en la primera parte del libro, gracias a Razón, que la acompaña al “Campo de las Letras”, “cavará un foso con la azada de la inteligencia”, removiendo un buen número de falsas creencias y prejuicios sobre las mujeres y sus innumerables defectos, lo que ella define “los negros y sucios pedruscos” (I, VIII, p. 69), y asentando las bases de su ciudad con “hermosas piedras relucientes”, que son las reinas, las guerreras, las filósofas y las científicas y erigiendo las murallas de ésta con las mujeres de gran sabiduría, como Semíramis, las Amazonas, Zenobia, la reina Penthesilea, Circe, Medea, Minerva, Ceres, Safo, Cornificia, Aracne, Sempronia, o Dido, entre otras muchas.

En esta primera parte, de Pizan intenta explorar las causas de la opresión de las mujeres discutiendo los motivos de la misoginia masculina con Dama Ragione, quien le intentará mostrar que muchas mujeres han aportado importantes contribuciones a la civilización, elaborando, para ello, una lista de mujeres de la mitología, de la antigüedad y contemporáneas, relevantes en los diferentes campos del saber.

Como culpables principales del arraigado y generalizado desprecio hacia las mujeres, Christine acusa, principalmente, a las mujeres lascivas, cuya mala fama acaba por ser generalizada hacia todo el género femenino.

El hecho de que Christine criticara y excluyera de su ciudad ideal a las mujeres poco dignas no es de extrañar si pensamos que, pese a anticiparse a sus tiempos con una obra semejante, su pensamiento se corresponde con el de la Edad Media, período en que los malos hábitos que atentaban contra la moral y la fe católica eran fuertemente criticados. Como ella misma asegura en su obra, la mujer que se precie ha de ser sencilla, prudente y honrada, siendo despreciables las perversas y disolutas, a las cuales hay que denegarles el acceso a la ciudad ideal porque infectarían a las demás y seguirían provocando el rechazo y el desprecio de los hombres.

Por otra parte, los “negros y sucios pedruscos” representan los prejuicios y lugares comunes en torno a las mujeres y a sus grandísimos defectos, contra los que Christine luchará incansablemente, pionera de una lucha que continuarán numerosas mujeres hasta nuestros días.

Pero también acusa como causantes del desprecio generalizado hacia las mujeres a los hombres amargados y depravados, “viejos corrompidos, tan incurables en su enfermedad como los leprosos” (I, VIII, p. 77) que han disipado su juventud con hembras lascivas, e, impotentes por no poder ya satisfacer sus deseos carnales, acusan a las mujeres para que los jóvenes las aborrezcan y, al igual que los primeros, no puedan disfrutar de ellas. Éstos, según nuestra escritora: “No conocen otro remedio a su impotencia que vengarse acusando a las mujeres que dan gozo a todos, porque así creen privar a los demás del placer que les niega su propio cuerpo” (Ibid, p. 78)

Otros culpables de la mala fama de las mujeres son los envidiosos, “hombres indignos que, como se encontraron con mujeres más inteligentes y de conducta más noble que la suya, se llenaron de amargura y rencor. Son sus celos los que les llevan a despreciar a todas las mujeres porque piensan que de esa forma ahogarán su fama y disminuirán su valía” (Ibid, p. 78). Asimismo, acusa también a quienes, por su propia naturaleza, sienten la necesidad de hablar mal de los demás; y, por último, a los que, para demostrar que han leído mucho y tienen muchos conocimientos, se limitan a repetir lo que escriben los demás, sin juicio propio para reflexionar sobre la verdad de cuanto éstos afirman.

Siguiendo este esquema de “culpables”, de Pizan clasificará a algunos de los más ilustres y destacados intelectuales de la tradición literaria que, en algún momento de sus trayectorias, han difamado a las mujeres, incluyéndolos en uno u otro grupo, intentando, así, “justificar” su conducta. De este modo, por citar algunos ejemplos, a Ovidio lo incluirá en el primer grupo de viejos impotentes, “que poseía el arte y la ciencia de escribir y cuya inteligencia brilla en todos sus poemas, pero se hundió en la vanidad y en los placeres del cuerpo” (I, IX, p. 79).

Crítica también a Aristóteles, sobre todo por su vergonzoso opúsculo *Los secretos de las mujeres*, en el que despreciaba el cuerpo femenino por padecer grandes defectos en sus funciones y por ser, por tanto, una obra imperfecta de la Naturaleza. Es en este momento cuando Christine reivindicará la igualdad de hombres y mujeres, la igualdad de todos, en general, medida en consideración del alma humana y no del exterior de cada individuo, pues el alma fue creada por Dios, en un principio, como espíritu intelectual, antes de asumir las formas corpóreas de hombre y de mujer y, por tanto, no difiere en uno u otro cuerpo; es decir, que los seres humanos son iguales en cuanto seres humanos, comparten un alma y un intelecto iguales y no difieren por su simple apariencia física, un tema de extrema actualidad también en nuestros días:

Così il Creatore Supremo non ebbe vergogna di creare e formare il corpo femminile: e Natura se ne dovrebbe vergognare? Ah! È il colmo della follia un'affermazione simile! Vediamo, e come venne creata, allora? Non so se ti rendi conto: ella venne creata a immagine di Dio. Oh! Come osa una bocca parlare male di qualcosa che reca una così nobile impronta? Ma alcuni sono così folli da pensare, quando sentono dire che l'uomo venne creato a immagine di Dio, che si parli del corpo materiale. Ma non è così, perché Dio non aveva ancora assunto una forma umana: si tratta dell'anima, che è intelletto spirituale e che vivrà eternamente, a immagine di Dio. E Dio creò l'anima così buona e nobile nel corpo femminile, come in quello maschile, senza differenze. Ma per parlare ancora della creazione del corpo, la donna fu dunque fatta dal Sovrano Creatore. E dove venne creata? Nel Paradiso Terrestre. Con che cosa? Con una materia vile? No, con la più nobile creatura che fosse stata mai creata: era con il corpo dell'uomo che Dio la fece. (I, IX, p. 79)

En la segunda parte del libro interviene “Rettitudine” (o Derechura en la versión española) narrando historias de mujeres ejemplares por sus virtudes, “belle pietre rilucenti, più preziose di tutte le altre” (II, I, p. 219), por haber tenido un “altissimo senso morale, accompagnato da sentimenti di pietà, saggia devozione, generosità”. Y con éstas y la fuerza de su pluma, Christine construye los bellos edificios, las calles, las tiendas, las altas torres y todos los lugares públicos y privados de su ciudad ideal. Entre estas mujeres, destacamos, por mencionar algunas, a las sibilas Eritrea y Amaltea, la profetisa Casandra, la reina Hipsicratea, la reina Artemisa, la noble Agripina, Porcia, Judith, las sabinas, Clotilde, reina de Francia, Sarah, Ruth y Rebeca, Penélope, Ghismunda, hija del príncipe de Salerno, o la reina Blanca de Castilla, entre otras muchas.

Una vez completada la obra, Dama Justicia, en la tercera parte del libro, poblará la ciudad con las mejores mujeres, comenzando por la Virgen María, reina de la ciudad, y, después, acogiendo a María Magdalena y a una larga lista de santas y mártires, como Santa Catalina de Alejandría, santa Lucía, Santa Bárbara, Anastasia o Teodota.

Pese a que en la Ciudad ideada por de Pizan puedan sólo entrar mujeres, este hecho no significa que dicha ciudad esté pensada para excluir a los hombres, sino para proteger a las mujeres de las falsas acusaciones y para destacar cuál entre ellas se distingue en cada campo del saber humano, pues, al igual que los hombres, también las mujeres han participado en cualquier campo de la civilización, pese a que la tradición haya querido ocultarlo. Asimismo, su obra contribuirá a incluir las conquistas femeninas en la historia, y atreviéndose a alegorizar figuras de la mitología pagana, Christine subraya la posibilidad de cambio y la enorme variedad de las diferentes condiciones femeninas en la sociedad humana, además de las conocidas santas y mártires transmitidas por la tradición.

Cabe destacar, antes de concluir nuestro estudio, una sección muy importante del libro y de sorprendente actualidad dedicada a la violencia contra las mujeres, tanto verbal como física, tema que de Pizan había afrontado ya en otras ocasiones, sobre todo en su *Epistre Othea*. Christine hablará de abusos en las familias patriarcales, de maltratos, de injurias, a través de su propia experiencia personal, citando a personas que ella misma conoció, pero también con ejemplos extraídos de relatos famosos, en particular del Decamerón, mencionando casos de mujeres como Griselda, Elisabetta o Ghismonda.

Se detendrá, especialmente, en el tópico de que a las mujeres no les disgusta ser agredidas sexualmente, tópico aún hoy, desgraciadamente, extendido en muchas culturas y entre muchos individuos, criticando severamente tal abuso y considerándolo un acto que provocaba un dolor sin igual, contra el que se puede reaccionar de diferentes maneras, como explicará ella misma, narrando casos históricos de mujeres que ante tal violencia actuaron bien suicidándose, como Lucrezia, noble romana violada por el hijo del rey Tarquinio; bien vengándose, como la reina de Galatia, violada por el comandante del ejército romano que la hizo prisionera; otras, como las mujeres de los sicambrios, decidieron combatir y morir, antes que ser tomadas como botín de guerra y ultrajadas; otras, como santa Caterina, soportando estoicamente, con ternura y con una invencible fuerza interior, incluso las torturas de su padre. De Pizan propone numerosos ejemplos más, que no nos detendremos a enumerar, destacando su reiterada defensa a favor de la promoción de duras leyes que condenen semejantes delitos de tal gravedad que atentan contra los derechos humanos, sea cual sea el contexto en que éstos ocurran, tema de sorprendente actualidad por el que aún hoy se sigue debatiendo.

Asimismo, como ocurría en el caso de santa Caterina, defendida por un gran colectivo de mujeres que se rebelaron ante el juez acudiendo en su ayuda cuando éste ordenó que ejercieran violencia contra ella en la plaza pública, Christine apela a todas las mujeres a que se unan y se rebelen contra las desigualdades de género, porque sólo unidas podrán obtener respeto y luchar contra las injusticias, un mensaje que, a distancia de tanto tiempo, mantiene todo su valor y hace que su escritura sea completamente actual.

Defiende, incluso, la posibilidad de que las mujeres, al igual que los hombres, puedan ser promiscuas o infieles, pues se trata de debilidades propias de la naturaleza humana en general y justificables en determinadas situaciones. No concibe el hecho de que ciertos comportamientos lascivos sean disculpados e, incluso, bien vistos cuando éstos son cometidos por los hombres y, sin embargo, sean duramente reprobados cuando los realizan las mujeres, por lo que De Pizan insiste en un trato justo e igual para ambos sexos:

Tutti generalmente affermano che le donne per natura sono molto fragili e poiché accusano di fragilità le donne, c'è da supporre che reputino se stessi forti, o quantomeno che le donne non lo siano come loro. Ma è anche vero tuttavia che richiedono alle donne una costanza molto più grande di quella che essi stessi non sanno dimostrare: poiché loro, che dicono di essere tanto forti, e nobili e virtuosi, non possono evitare di cadere in gravi manchevolezze e peccati, non tanto per ignoranza, quanto per pura malizia, coscienti di sbagliare. Ma per tutto questo si giustificano dicendo che peccare è umano. Ma quando accade che qualche donna commetta degli sbagli, di cui loro stessi sono responsabili con le loro manovre e istigazioni, allora è un problema di fragilità e incostanza, come loro dicono sempre. A me parrebbe giusto, poiché le ritengono tanto fragili, che tollerassero la loro debolezza senza accusarle, come fosse un grave crimine, di ciò che loro considerano per sé come un difettuccio. Nessuna legge o trattato stabilisce che sia più lecito peccare per gli uomini che per le donne, né che il vizio sia meno grave per loro. Di fatto, essi si auto conferiscono una tale autorità per cui, non volendo essere tolleranti con le donne, e ve ne sono molti, le riempiono di offese e insulti, con parole e atti. Non si degnano di riconoscere la loro forza e costanza, neppure quando esse devono sopportare i loro duri oltraggi. (II, XLVII, p. 337)

De Pizan, como muchas otras mujeres han querido demostrar a lo largo de los siglos, no se cansará de defender la igualdad de sexos y la distinción entre los seres humanos sólo en función de las aptitudes y las

virtudes individuales, pues “la superioridad o inferioridad de la gente no reside en su cuerpo, atendiendo a su sexo, sino en la perfección de sus hábitos y cualidades” (I, IX, p. 82).

La Querella de las damas será precursora de la Querella de las mujeres, pudiéndose considerar como el primer debate representativo sobre los derechos de las mujeres contra la sociedad misógina, que no dudaba en abusar de la indefensión social en la que éstas se veían sumidas, en especial cuando no tenían la protección de un hombre, como muy bien sabía Christine, que había vivido esta discriminación en primera persona.

Por sus incansables manifestaciones a favor de la igualdad y, también, por su ejemplo como mujer libre, independiente y luchadora, De Pizan será una de las principales pioneras del feminismo actual y de la lucha por los derechos de las mujeres, planteando en sus escritos y, en particular, en su gran obra, *La Ciudad de las Damas*, temas de extrema actualidad que han seguido debatiéndose a lo largo de los siglos hasta nuestros días, como el acceso de las mujeres a la educación, el rechazo a la maternidad, el derecho de las mujeres a vestir como deseen sin dejar de ser por ello menos castas, o la violencia de género.

“Sono certa che quest’opera farà chiacchierare a lungo i maldicenti”, asegurará ella misma en su libro, algo que sin duda consiguió con creces, pues su obra, evidentemente, fue criticada por muchos, no sólo de su época, sino también de épocas posteriores que no concebían que una mujer pudiera ser tan osada y reivindicara derechos imposibles para seres inferiores.

Sin embargo, lo que quizá no sabía Christine es que su obra siguió haciendo hablar a muchos “bendicenti”, mujeres y hombres, que han tomado en ella y en sus escritos un ejemplo a seguir para luchar por los derechos de las mujeres.

BIBLIOGRAFÍA

- Campbell J, Margolis N., *Christine de Pizan 2000. Studies on Christine de Pizan in Honor of Angus J. Kennedy*, Amsterdam-Atlanta, Rodopi, 2000.
- Caraffi Patrizia (ed.), *Christine de Pizan. Una città per sé*, Roma, Carocci, Saggi Biblioteca Medievale, 2003, pp. 19-31.
- Caraffi Patrizia, “Il Libro e la Città: metafore architettoniche e costruzione di una genealogia femminile”, en *Christine de Pizan. Una città per sé*, a cura di Patrizia Caraffi, Roma, Carocci, Saggi Biblioteca Medievale, 2003, pp. 19-31.
- Da Pizzano Cristina, *La Ciudad de las Damas*, trad., introd. y notas de Marie-José Lemarchand, Madrid, Siruela, 2ª edición, 2001 (1ª ed. 2000).
- De Pizan Christine, *Le Livre de la Mutacion de Fortune*, 4 vols. edición de Suzanne Solente, París, Picard, 1959-1966.
- De Pizan Christine, *La Città delle dame*, trad., intr. e note a cura di Patrizia Caraffi, Roma, Carocci, 4ª ristampa (1ª edizione 1997).
- De Pizan Christine, G. Col, J. de Montreuil, J. Gerson, P. Col, *Il dibattito sul “Romanzo della Rose”*, a cura di B. Garavelli, Milán, 2006.
- Escudero Jesús Adrián, “Cristina de Pizán y la sinrazón de la misoginia”, en “Diálogo filosófico”, 59, 2004, pp. 275-294.
- Muzzarelli Maria Giuseppina, *Un'italiana alla corte di Francia. Christine de Pizan, intellettuale e donna*, Bologna, Il Mulino, 2007.
- Niccoli O, *Rinascimento al femminile*, Roma-Bari, Laterza, 1991.
- Richards E. J., *Christine de Pizan: la libertà della città e delle dame*, en “Medioevo Romanzo”, 24, 2000, pp. 114-26.

